

¡Viva D. Alfonso el Bueno!

O.C. tomo V

("El Progreso", Madrid, 1 julio 1898).

15.2/77

O.C. tomo V



# VIVA ALONSO EL BUENO!

SR. D. FEDERICO URALES:

Mi muy estimado amigo: Ante todo mil gracias por la atención que ha prestado á mi artículo en *Vida Nueva* acerca Don Quijote y por el interés que demuestra hacia mí. Que no caiga en el vacío lo que predica es lo que todo escritor debe desear.

Usted en su *Crónica* opone, siguiendo la general costumbre, á Don Quijote, Sancho Panza, ó visiblemente que á un ex. Ilustre *Muere Don Quijote* ha de corresponder un título *Viva Sancho Panza*! Y no es así, por lo menos en mi modo de ver las cosas. Bien claro escribí al final de mi artículo: *Muere Don Quijote para que renazca Alonso el Bueno!*

Todo lo de genérico, todo lo de *acta*, todo lo de cristiano que habla en Don Quijote arrancaba de aquel honrado Hiesigo Miquelgo, que mereció por sus virtudes ser llamado



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES



¡Viva D. Alfonso el Bueno!

al Bueno, y todo lo que en él hubo de violento y bárbaro, todo lo pagano del caballero en la vida se debió á su condonación. La lectura de aquellos libros de caballería, que, ilustrándonos el juicio, la hicieron creer en su reverencia y celo, y copiarlo todo á la fuerza de las armas.

A él cometi6 tantos atropellos con gente inocente é indefensa. Crey6 en el bárbaro juicio de Dios, en la ley de la espada.

Si lo de borrar todo el pasado bárbaro, sea de aquí ó de allí, tiene usted razón. No me ha pasado nunca por las mentes creer que la historia de España sea más bárbara que la de los demás pueblos. Hay que renunciar á los libros de caballerías de la historia que nos trastornan el juicio, y reducirla á su papel y oficio. Lo eterno de la historia, su sedimento estabé, el legado que no por las guerras, sino á pesar de ellas nos deja, lo llevamos dentro.

De lo que en su «Crónica» á mí directamente á mí, poco ha de decir, por la sencilla razón de que yo no debo importar á nadie más que á mí mismo, pues soy yo, y no otro, quien de mí ha de dar cuenta.

Usted parece lamentar el que después de haber andado yo ejerciendo de Quijote haya empezado á descubrir en mi interior á mi Alonso el Bueno, al que vivificaba las locuras de aquél.

Y haciendo á otra cosa: hace usted bien en renegar de los Sanchos que obran pensando en ganancias, aunque Sancho el Bueno, como su amo le llamaba, llevaba por detajo de su codicia una fe robusta en Don Quijote, fe que le dió esperanza en alcanzar la insula. ¿Qué hubiera hecho Don Quijote sin Sancho? ¿Y qué supone más fe: meterse en aventuras por propia locura, ó seguir á un loco siendo cuerdo, sin desengañarse, á pesar de ver á ojos claras sus devarios?

Mas hace usted bien en renegar de los Sanchos que piden ahora la paz por razones sencillas: todos los que invocan la ruina de la riqueza pública, la bancarota de la Hacienda y otras razones parecidas. No es lo peor de la guerra los daños que en vidas y haciendas causa; lo peor de ella es que manifiesta el pecado original de salvajismo, que provoca impulsos de odio, que fomenta el bárbaro sentimiento del honor pagano.

¡Paz, paz! La predicán muchos, muchos la piden, otros la razonan. Hay Congresos de la paz, asociaciones internacionales para acabar con ella, publicistas que la combaten, escuelas que la anatematizan. Pero en este movimiento en contra de la guerra, que las gentes sin fe creen un mal necesario, ¿quienes se mueven con actos positivos, con heroísmo cristiano, llegando hasta el martirio? ¿Quiénes son los que en silencio, sin ruido de disputas ni teorías de escuelas, oponen á la guerra una heroica resistencia?



VIVER SI DAD  
SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

1.5.2/71



¡Viva D. Alfonso el Bueno!

Son los cuáqueros en los países anglo-sajones; los nazarenos en Austria, los menonitas y los dukhobortsi en Rusia; son otros de la misma índole. Los cuáqueros han sufrido el martirio antes que armarse en guerra; los nazarenos sufren prisión durante el plazo usual del servicio militar; á los menonitas se les computa por trabajos forzados en obras públicas; dove mil dukhobortsi, perseguidos por el Gobierno ruso, se disponen á abandonar el Cáucaso, emigrando en masa antes que pecar contra su fe. Y á todos estos les mueve la religiosa. Pidan la paz en nombre de Cristo, no de Mercurio, ni siquiera de Minerva.

Es decir, que mientras los sentimientos meramente humanitarios y las convicciones progresistas no pasan de propaganda oral y escrita contra la guerra, y hasta la toleran provisionalmente, es la religiosa lo que lleva á los hombres al martirio antes que faltar al claro, limpio y terminante *no matarás!*, que no pueden empañar con sus fines fariseicos.

¡No matarás! Precepto claro, limpio, terminante; voz de lo divino que hay en la conciencia humana, estrella polar de la trabajosa ascensión del pobre linaje humano á la Verdad.

Es cosa que apenas ver cómo los que más anatematizan el diablo entre individuos son los que más exaltan las virtudes de la guerra, siguiendo á aquel monstruoso De Maistre, que hizo su apología. Entristaca, por otra parte, ver que los que no dejan caer de sus labios las palabras *libertad y progreso* tampoco caen en su castilena de la honra nacional lavada en sangre.

Se oye por un lado pregonar la monstruosa leyenda de aquella cruz que apareció en un campo de batalla con la inscripción: *in hoc signo vinces*, se oye por otro exaltar á Napoleón, que dicen llevó á sangre y fuego la libertad, la igualdad y la fraternidad por Jena, Austerlitz y Marengo, sembradas de cadáveres. Todos son unos, y á unos y á otros les causa compasión ó risa esas pobres y ridículas cuáqueros, nazarenos, menonitas, dukhobortsi y otros locos de remate por fanatismo.

Y aquí tiene usted explicado lo que conatuye el nervio de su «Crónica». Aquel cristiano viejo de Alonso Quijano se volvió loco con el paganismo de los libros de caballerías, é hizo una monstruosa mezcla de su fe de cuerdo con su ideal de loco, de Cristo con Dulcinea, de la caridad con el honor. Por esto al de la guerra Don Quijote digo: ¡Viva Alfonso el Bueno!

La vida es casi inescabable; la fuerza de atención limitada. Como si Dios me da tiempo he de continuar en una ó otra forma, por ahora basta.

Suyo afectísimo,

Miguel de Unamuno



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

2-5-2/91